

supo que mandaba en Nápoles un prefecto romano (era este M. Junio Silano, á quien los mismos napolitanos habían llamado), abandonó á Nápoles, como había abandonado á Nola, y marchando hacia Nuceria, la tuvo bloqueada algún tiempo, empleando en tanto la fuerza, en tanto inútiles solicitudes acerca del pueblo y acerca de los magnates. Reducida al fin por hambre, Nuceria se rindió con la condición de que los habitantes habían de salir sin armas y con un solo traje. Pero como desde el principio había querido mostrarse benévolo con relación á todos los pueblos de Italia, exceptuando los romanos, ofreció recompensas y honores á aquellos que quisieran quedarse con él y militar bajo sus órdenes. Este ofrecimiento no retuvo á nadie. Todos, según les impulsaban los lazos de hospitalidad ó sencillamente la voluntad del momento, se dispersaron por las diferentes ciudades de la Campania; marchando el mayor número á Nola y Nápoles. Cerca de treinta senadores, y la casualidad quiso que fuesen los más distinguidos, se presentaron en Capua; pero fueron rechazados porque habían cerrado sus puertas á Aníbal, y se refugiaron en Cumas. Entregóse á los soldados el botín que se recogió en Nuceria y en seguida saquearon é incendiaron la ciudad. Era dueño de Nola Marcelo, gracias á la voluntad de los ciudadanos principales y al apoyo de la guarnición que había colocado allí; pero el pueblo inspiraba temores, y más que todos los demás, L. Bancio, partidario declarado de la defección proyectada, quien temiendo la venganza del pretor, estaba decidido á entregar su patria á Aníbal, ó si la fortuna engañaba su deseo, á pasar al campo enemigo. Era Bancio un joven muy valeroso, y quizá el caballero más distinguido de todos los pueblos aliados entonces á Roma. Aníbal le había encontrado en Cannas medio muerto, debajo de un montón de cadáveres; hábale

hecho cuidar con mucho esmero y le envió á su patria colmado de presentes. En agradecimiento de esto, L. Bancio quería someter Nola al poder de Aníbal y mantenía al pretor muy preocupado con estos proyectos de cambio. Necesario era contenerle por medio de un castigo ó ganarle con beneficios. Marcelo prefirió atraerse aquel hombre tan animoso y resuelto á privar de él solamente al enemigo. Hízole, pues, llamar, y hablándole con benevolencia, le dijo: «Que tenía muchos envidiosos entre sus conciudadanos, que fácilmente debía comprender que nadie de Nola había enterado al pretor de las numerosas hazañas con que se había ilustrado; pero que el valor de un hombre que había servido en los ejércitos romanos no podía quedar ignorado; que muchos compañeros de armas de Bancio habían dicho al pretor qué clase de hombre era, qué peligros había arrojado muchas veces por la salvación y la gloria del pueblo romano, cómo en Cannas no había cesado de combatir hasta que casi agotada su sangre, quedó aplastado bajo la masa de hombres, caballos y armas que caían sobre él. Valor, pues! añadió Marcelo: recibirás de mí toda clase de recompensas y honores, y cuando me conozcas mejor, verás cómo tu gloria y tu interés nada padecen.» En seguida regaló al joven, á quien colmaban de alegría aquellas promesas, un caballo magnífico y quinientos bigatos que le entregó el cuestor, y además mandó á los lictores le permitiesen entrar siempre que lo deseara.

De tal manera impresionó esta benevolencia de Marcelo el ánimo del orgulloso joven, que desde aquel momento no tuvo Roma aliado más animoso y fiel. Aníbal estaba en las puertas (porque una vez apoderado de Nuceria, había regresado á Nola) y el pueblo pensaba nuevamente en la defección; entonces Marcelo, á la llegada del enemigo se encerró en la ciudad, no porque

temiese por su campamento, sino para no dar á los numerosos rebeldes que le acechaban ocasión de entregar á Nola. Muy pronto se formaron en batalla por ambas partes; los romanos al pie de las murallas de la ciudad; los cartagineses delante de su campamento: de manera que entre la ciudad y el campamento se libraron algunos combates cuyo resultado fué muy diferente. Los dos generales permitían gustosos estas escaramuzas, pero no daban la señal de batalla general. Mucho tiempo hacía que los dos ejércitos permanecían frente á frente, cuando los principales ciudadanos de Nola advirtieron á Marcelo que «durante la noche, gentes del pueblo tenían secretas relaciones con los cartagineses: que era cosa decidida que cuando el ejército romano saliese de la ciudad, saquearían sus bagajes, cerrarian las puertas y se apoderarian de las murallas, para que una vez dueño absoluto de la ciudad, pudiese el pueblo recibir á los cartagineses en vez de los romanos.» Al recibir esta noticia, colmó de elogios Marcelo á los senadores, y antes de que estallase la sedición, decidió intentar el éxito del combate. Dividió su ejército en tres cuerpos, y les coloca en las tres puertas que miran al enemigo: manda que le sigan los bagajes y ordena que los siervos, los vivanderos y enfermos lleven las empalizadas. En la puerta del centro coloca lo más escogido de las legiones y los caballeros romanos; en las otras dos los nuevos reclutados, los soldados armados á la ligera y la caballería de los aliados. Prohíbe á los habitantes que se acerquen á las murallas y á las puertas; y por temor de que, una vez peleando las legiones, cayesen éstos sobre los bagajes, les hizo custodiar por tropas reservadas para este objeto. Dispuestos de esta manera, los romanos esperaron preparados detrás de las puertas. Aníbal, que había permanecido sobre las armas la mayor parte del

día (como lo hacía algún tiempo ya) extrañó al principio que no saliese el ejército romano y que no se presentase sobre las murallas ningún soldado. Persuadido al fin de que habian sido descubiertas sus inteligencias con el pueblo y que el temor detenía á los romanos, envía al campamento una parte de las tropas, con orden de traer en seguida al frente del ejército todo lo necesario para un asalto, convencido de que si les estrechaba en aquel momento de vacilación, estallaría en la ciudad algún movimiento entre el pueblo. Cuando en la primera línea cada cual se apresura á ejecutar los movimientos ordenados por Aníbal, y el ejército avanza bajo las murallas, de pronto se abre una puerta: Marcelo manda tocar las trompas, á las tropas lanzar el grito y á los infantes y en seguida á la caballería que ataquen con todo el brío posible. Ya había producido confusión y miedo en el centro del ejército enemigo, cuando desde las puertas inmediatas se lanzan sobre las alas cartaginesas los dos legados P. Valerio Flaco y C. Aurelio. A este segundo ataque siguen los gritos de los siervos y vivanderos, y también los de las tropas encargadas de guardar los bagajes, de manera que los cartagineses, que despreciaban especialmente el corto número de los romanos, creyeron que tenían que habérselas con un ejército numeroso. No me atreveré á afirmar lo que dicen algunos autores, que el enemigo tuvo dos mil ochocientos hombres muertos y que los romanos solamente perdieron quinientos (1). Que esta victoria fuese más ó menos grande, no por ello deja de ser cierto que la jornada consiguió grandísimo éxito, me atreveré á decir casi el más grande de toda la guerra; porque fué más difícil aquel día á los vencedores de Aníbal no quedar vencidos, que después vencerle.

(1) Plutarco dice que hubo cinco mil muertos, de los que quinientos eran romanos.

Habiendo perdido Aníbal la esperanza de apoderarse de Nola, se retiró á Acerra. Marcelo mandó en seguida cerrar las puertas, colocó guardias para que nadie pudiese salir, y en medio del Foro comenzó una investigación relativamente á los que habían tenido secretas inteligencias con el enemigo. Más de setenta fueron condenados como traidores y decapitados, quedando confiscados sus bienes en favor del pueblo romano. Entregando en seguida al Senado la autoridad suprema, partió con todo su ejército y fué á acampar por encima de Suesula. Aníbal había intentado primeramente atraer á Acerra á capitulación voluntaria; pero encontrando á los habitantes decididos á resistir, preparóse para sitiaria y atacarla. Los habitantes tenían más valor que fuerza; así, pues, desesperando de poder defender la ciudad, en cuanto vieron las murallas rodeadas con una línea de trabajos, no esperaron á que estuviesen terminados: fugáronse durante el silencio de la noche por los intervalos de los trabajos y los puestos mal vigilados, y cada uno buscó, por los caminos abiertos ó á través de los campos, según le guiaba su voluntad ó la casualidad, asilo en las ciudades de la Campania cuya fidelidad se conocía. Aníbal, después de saquear é incendiar la ciudad, supo que llamaban desde Casilino al dictador y á las nuevas legiones; y temiendo que estando el enemigo tan inmediato intentase algo contra Capua, llevó su ejército á Casilino. Ocupaban entonces esta ciudad quinientos prenestinos y algunos soldados romanos y latinos, llevados allí por la noticia del desastre de Cannas. Como en Prenesto no habían terminado en el día prefijado los alistamientos, marcharon después, y llegando á Casilino antes de la noticia de la derrota, después de reunirse con otros soldados romanos ó aliados, habían abandonado la ciudad en número bastante considerable; pero la noticia del desastre de Can-

nas les hizo retroceder. Durante algunos días permanecieron en Casilino, sospechosos á los campanios, á quienes por su parte temían, y ocupados en ponerse á cubierto de las sorpresas y preparándolas á su vez. Muy pronto supieron que Capua trataba con Aníbal y se disponía á recibirle; entonces durante la noche desgollaron á los casilinos y se apoderaron de la parte de la ciudad del otro lado del Vulturno, que atraviesa la población. Estas eran las fuerzas de los romanos en Casilino; encontrábase allí también un grupo de peruginos formado por cuatrocientos sesenta hombres, que la misma noticia llevó pocos días después de los prenestinos. Para la defensa de un terreno tan reducido, cubierto en parte por el río, había guarnición suficiente, y hasta excesiva parecía por la falta de trigo.

Cuando Aníbal se encontró bastante cerca, destacó á los gétulos, mandados por Isalcas, con el encargo, si veía medio de conferenciar, de convencer á la ciudad para que abriese las puertas y recibiese guarnición: si persistían en defenderse, intentaría penetrar por algún lado en la plaza. Cuando los gétulos se encontraron bajo las murallas, el silencio que reinaba en la ciudad les hizo creer que estaba desierta, y el bárbaro, creyendo que la guarnición había huido por miedo, se dispuso á atacar las puertas y á escalar los parapetos. De pronto abrense las puertas, y dos cohortes, preparadas dentro para este movimiento, se lanzan con espantoso ruido causando estragos en el enemigo. Rechazado este primer ataque, Maharbal recibe orden de marchar con fuerzas más considerables, sin poder resistir tampoco la salida de las cohortes. Al fin fué Aníbal á acampar delante de las murallas, y se dispuso á sitiar con todas sus fuerzas, con todos sus recursos, una plaza tan pequeña, defendida por escasa guarnición. En un ataque muy vigoroso, para el que había rodeado completamente las mu-

rallas, perdió algunos soldados, los más valientes del ejército, heridos por los sitiados desde lo alto de sus torres y parapetos. Pero éstos, habiendo intentado una salida, casi quedaron cortados por los elefantes que lanzó contra ellos. Regresando en desorden á la ciudad, perdieron mucha gente, relativamente á su corto número, y mucha más habrían perdido si la noche no hubiese interrumpido el combate. Á la mañana siguiente, los sitiadores se lanzaron valerosamente al asalto; habíaseles prometido una corona mural de oro; el general estaba allí, reconviniendo á los soldados porque les faltaba valor para apoderarse de una plaza pequeña y en plena llanura, cuando eran los vencedores de Sagunto; y á cada uno en particular y á todos en general recordaba Cannas, Trasimeno y el Trevia. Muy pronto empleó los manteletes y las minas; pero á estos multiplicados esfuerzos, los aliados de los romanos oponían la fuerza y los recursos del arte. Contra los manteletes, construían obras de defensa, y las minas las cortaban con contraminas. Todos los ataques abiertos y todas las sorpresas quedaban rechazadas. En fin, el pudor mismo detuvo á Aníbal: fortificó su campamento, dejó en él una guarnición poco considerable, para que no se creyese que renunciaba á su empresa, y marchó á invernar en Capua. Durante la mayor parte del tiempo tuvo alojadas en las casas de la ciudad sus tropas desde tan antiguo experimentadas y endurecidas contra todos los sufrimientos y tan extrañas y desacostumbradas á la comodidad. El exceso de males las encontró invencibles; pero quedaron sin fuerza ante las delicias de voluptuosidades inmoderadas y tanto más embriagadoras cuanto más desconocidas; por cuya razón se precipitaron furiosamente á ellas. El sueño, el vino, los festines, las orgías, los baños y el descanso, que la costumbre hace más agradable cada día, les enervaron

hasta tal punto que en lo sucesivo se defendieron más por sus victorias pasadas, que por sus fuerzas presentes. Para los capitanes, esta falta fué mucho más grave que la que cometió no marchando contra Roma inmediatamente después de la batalla de Cannas. Su vacilación en aquella circunstancia pudo parecer aplazamiento de su triunfo; mientras que esta última le quitó las fuerzas necesarias para vencer en adelante. Así fué que pudo verse que no tenía el mismo ejército cuando salió de Capua: casi todos los cartagineses volvían acompañados de mujeres de mala vida; y cuando comenzaron á habitar bajo la tienda, cuando volvieron á las marchas y fatigas de la vida de soldado, cual si fueran reclutas, les faltaba fuerza y valor. Más adelante, en pleno verano, escapaban en grupos, abandonando sin licencia las enseñas, refugiándose en Capua los desertores.

Cuando la estación comenzaba ya á dulcificarse, Aníbal sacó sus tropas de los cuarteles de invierno y volvió delante de Casilino; porque, si bien habían estado suspendidas las operaciones del sitio, el bloqueo había continuado, y la guarnición, lo mismo que los habitantes, habían quedado reducidos á extrema escasez. El ejército romano estaba bajo las órdenes de A. Sempronio, habiendo marchado á Roma el dictador para tomar de nuevo los auspicios. Mucho deseaba Marcelo socorrer á los sitiados, pero se lo impedía el Vulturno, cuyas aguas estaban crecidas, y los ruegos de los habitantes de Nola y Acerra, que temían á los campanios si se alejaba el ejército romano. Graco, que era el único acampado cerca de Casilino, no intentaba ningún movimiento, por haberle mandado el dictador no emprender nada en su ausencia, y no había paciencia tan grande que pudiese resistir ante las noticias que se recibían de Casilino. Sabíase positivamente que algunos desgraciados de aquellos, no pudiendo resistir el hambre, se habían precipita-

do desde lo alto de las murallas; que otros permanecían sin armas sobre los parapetos, ofreciendo así sus cuerpos desnudos á los dardos del enemigo. Graco estaba conmovido ante estas desgracias; pero no se atrevía á trabar combate sin orden del dictador, viendo con evidencia que tendría que venir á las manos, si hacía llevar abiertamente trigo á los sitiados. No esperando tampoco introducirlo en secreto, hizo recoger en toda la campiña y llenó considerable número de toneles, advirtiéndolo al magistrado de Casilino que recogiese al paso los toneles que llevase el río. Á la noche siguiente, toda la guarnición, reanimada por la esperanza que le daba el mensajero de Graco, tenía la vista fija en el río, cuando llegaron los toneles arrastrados por la corriente. El trigo se repartió por igual entre todos. Al día siguiente y en los sucesivos se repitió lo mismo. Durante la noche se expedían y recibían los toneles, y por este medio se burlaba la vigilancia de los centinelas cartagineses. Pero muy pronto continuas lluvias aumentaron por modo extraordinario la fuerza de la corriente, que en su violencia arrojó los toneles á la orilla que ocupaban los cartagineses, donde los vieron detenidos entre los sauces; y habiéndose enterado Aníbal, tomó precauciones rigurosas para que no pudiese escapar nada de lo que el Vulturno llevase á la ciudad. Los romanos arrojaron nueces al río, que llevadas por la corriente á Casilino, las recogían allí con zarzos; pero al fin llegaron los sitiados á tal punto de escasez, que arrancaban las correas y el cuero de los escudos y los blandeaban en agua hirviendo para tratar de alimentarse. Fueron devoradas las ratas y todos los animales (1). Arrancaron

(1) Al sitio de Casilino se refiere sin duda la anecdota de aquel avaro que vendió en ciento ó doscientos dineros una rata que había cogido. El avaro murió de hambre y el comprador sobrevivió.

las hierbas y todas las raíces que se encontraban al pie de las murallas; y como el enemigo había labrado toda la tierra vegetal que había fuera de los muros, los sitiados arrojaron semilla de navos, por lo que exclamó Aníbal: «¿Tendré que permanecer delante de Casilino hasta que crezcan?» Y cuando hasta entonces no había querido oír hablar de condiciones de paz, consintió al fin en tratar acerca del rescate de los hombres libres. Fijóse en siete onzas de oro el precio de cada uno de ellos, y aceptadas estas condiciones, se rindieron quedando cautivos hasta que se pagase todo el dinero; después los enviaron á Cumas, según lo estipulado. Este relato es más exacto que aquel en que se dice que Aníbal envió caballería para exterminar á los que se negaron. La mayor parte de los rendidos eran prenestinos: de seiscientos setenta que formaban la guarnición, más de la mitad perecieron por hambre ó bajo el hierro. Los demás regresaron sanos y salvos á Prenesto, con su pretor M. Anicio, que antes fué escribiente. Existe un monumento que así lo prueba, y es una estatua de M. Anicio, erigida en el Foro de Prenesto, cubierta con la coraza, revestida la toga y con la cabeza velada: otras tres estatuas existen también, con la siguiente inscripción en una plancha de bronce: «Ofrenda prometida por M. Anicio á los soldados de la guarnición de Casilino.» La misma inscripción ostentan tres estatuas colocadas en el templo de la Fortuna.

Devolvióse Casilino á los campanios, Aníbal dejó en la ciudad setecientos soldados de guarnición, temiendo que una vez alejados los cartagineses, intentasen sitiarse los romanos. El Senado de Roma concedió por un decreto doble soldada á los prenestinos y la exención del servicio militar durante cinco años; ofreciéndoles también el derecho de ciudadanía romana en recompensa de su valor, pero aquellos no quisieron renunciar al

nombre de prenestinos. No se conoce con tanta precisión la suerte de los peruginos, no habiéndola ilustrado monumento alguno de sus conciudadanos ni ningún decreto del Senado. En el mismo tiempo los petelinos, que eran los únicos brutinos que habían permanecido fieles á la alianza romana, veíanse atacados, no solamente por los cartagineses, que entonces eran dueños del país, sino que también por los demás brutinos, de los que se habían separado. No pudiendo resistir los males que les abrumaban, enviaron legados para implorar el socorro de Roma. Cuando les dijeron que atendiesen ellos mismos á su seguridad, comenzaron á llorar y á gemir delante del vestíbulo de la curia. El pueblo y el Senado experimentaron profunda emoción ante sus ruegos y lágrimas. Habiendo consultado de nuevo acerca de este asunto el pretor M. Pomponio al Senado, después de examinar todas las fuerzas del imperio, tuvo que confesar que en adelante nada podía hacer en defensa de aliados tan lejanos; que debían por tanto regresar á su patria, y después de haber persistido hasta el fin en su fidelidad, atender por sí mismos en las circunstancias presentes á los medios de asegurar su salvación en lo venidero. Ante esta contestación, referida por los legados, apoderáronse en el acto del Senado el terror y el desaliento; querían unos que cada cual huiese por su lado; proponían otros que, puesto que les abandonaban antiguos aliados, que se uniesen á los demás brutinos que convendrían con Aníbal las condiciones con que habían de someterse. Sin embargo, adoptóse la opinión de los que pensaban que no debía hacerse nada á la casualidad ni con precipitación. Dejóse el asunto para el día siguiente; y entonces, después de deliberación más tranquila, los ciudadanos más importantes consiguieron que se llevase á la ciudad todo lo que había en el campo y que se trabajase en fortificarla.

Por esta misma época recibíéronse en Roma cartas de la Sicilia y la Cerdeña, leyéndose primeramente en el Senado las de Sicilia. Tito Otacilio, pretor de esta provincia, decía: «que el pretor P. Junio se encontraba con su armada en Lilíbea, de regreso de África, herido gravemente y en peligro de morir; que los soldados y marineros no habían recibido en el día designado trigo ni sueldo, y que no había dinero para pagarles. Rogaba pues, con el mayor encarecimiento al Senado que enviase lo más pronto posible, y si lo creía conveniente le nombrase sucesor entre los nuevos pretores.» A Cornelio Mammula, propretor en Cerdeña, decía casi lo mismo con relación á la paga y alimentación del ejército. Á los dos les contestaron que nada tenían que enviarles y les recomendaban que atendiesen ellos mismos al sostenimiento de las armadas y de las tropas. T. Otacilio envió una legación á Hierón, único recurso del pueblo romano, y recibió bastante dinero para el sueldo del ejército y trigo para seis meses. En Cerdeña socorrieron generosamente á Cornelio las ciudades aliadas. Escaseando también el dinero en Roma, creáronse á propuesta del tribuno del pueblo M. Minucio triunviros encargados de las operaciones de hacienda. Fueron estos triunviros L. Emilio Papo, que había sido cónsul y censor, M. Atilio Régulo, que había sido cónsul dos veces, y L. Scribonio Libo, tribuno del pueblo en aquel momento. Creáronse también decenviros á M. y C. Atilio, que hicieron la dedicación del templo de la Concordia, construido en cumplimiento del voto de L. Manlio, cuando fué pretor; después tres pontífices, Q. Cecilio Metelo, Q. Fabio Máximo y Q. Fulvio Flaco, en lugar de P. Scantino, muerto en Roma, de L. Emilio Paulo y de Q. Elio Peto, que perecieron en Cannas. Después de haber reparado, en cuanto podía hacerlo la prudencia humana, los desastres con que la desgracia

había abrumado por todos lados al imperio, los senadores dirigieron al fin la mirada sobre sí mismos, sobre aquel Senado desierto, sobre el corto número de individuos que formaban el consejo del Estado. En efecto, desde la censura de L. Emilio y de C. Flaminió no se habían elegido nuevos senadores, aunque durante los cinco años que habían trascurrido las desgracias de la guerra y los accidentes ordinarios de la vida habían arrebatado considerable número. Habiendo partido el dictador para el ejército inmediatamente después de la toma de Casilino, el pretor M. Pomponio, á petición general, hizo una exposición relativa á este asunto. Sp. Carvilio, después de deplorar en larga oración que el Senado fuese tan poco numeroso, y que hubiese tan pocos ciudadanos entre quienes se pudiese elegir senadores, declaró que para completar el Senado y enlazar más estrechamente los pueblos latinos con Roma, aconsejaba encarecidamente, si al Senado parecía bien, se diese el derecho de ciudadanía á dos senadores de cada uno de los pueblos del Lacio, y admitirles en el Senado en el puesto de los que habían sucumbido. Esta proposición la recibieron los padres con tanta cólera como la petición que en otro tiempo hicieron los latinos: estremecimiento de indignación recorrió toda la asamblea. T. Manlio especialmente exclamó: «que aún existía un hombre de la misma raza que el cónsul, que en el Capitolio amenazó en otro tiempo con matar con su propia mano al primer latino que viese introducido en el Senado.» Q. Fabio Máximo dijo: «que jamás se había hecho en el Senado proposición más inoportuna; que en medio de las incertidumbres, de las dudas de los aliados, aquello era tocar un punto que les había de agitar más; que aquella insensata palabra de un solo hombre, era necesario ahogarla en el general silencio, y que si alguna vez había habido en el Senado algo secreto, algo

sagrado que callar, era aquella proposición, que debían ocultarla, olvidarla y tenerla por no hecha.» En vista de esto, no se hizo mención alguna de ella: decretóse que se crearía dictador á uno que hubiese sido ya censor, el más antiguo de todos los censores existentes, y que se encargaría de nombrar los nuevos senadores. Llamóse al cónsul C. Terencio para que proclamase el dictador, y dejando la Apulia, donde estaba el ejército, marchó apresuradamente á Roma. En la noche siguiente, según costumbre, por un senatus-consulto proclamó á M. Fabio Buteo dictador por seis meses, sin jefe de los caballeros.

Seguido Fabio de sus lictores subió á la tribuna y declaró: «que no aprobaba hubiese dos dictadores á la vez, medida sin ejemplo hasta entonces, ni que le hubiesen nombrado dictador sin jefe de los caballeros; que no debía haberse confiado una autoridad tal como la censura á un hombre solo, y al mismo por segunda vez, ni tampoco dar al dictador poder por seis meses, cuando no se le nombraba para la dirección de los negocios (1). Añadió que pondría freno á lo que la casualidad, las circunstancias y la necesidad habían puesto de exagerado en estas medidas; que no movería del Senado á ninguno de los que nombraron los censores C. Flaminió y L. Emilio; que solamente mandaría transcribir y proclamar sus nombres para que un hombre solo no tuviese la autoridad de juzgar y decidir arbitrariamente de la reputación y costumbres de un senador; que haría, en fin, para reemplazar á los muertos tal elección, que demostraría que prefería un orden á otro orden, pero no un hombre á otro hombre.» Leyéronse, pues, los nombres de los antiguos senadores; y después nombró Fabio en lugar de los muertos, por turno de anti-

(1) El otro dictador era M. Junio Pera.

güedad primeramente, á los que desde la censura de L. Emilio y de C. Flaminio habían ocupado una magistratura curul, y que no formaban todavía parte del Senado; en seguida llamó á los que habían sido ediles, tribunos del pueblo ó cuestores; en seguida, después de los magistrados, los que habían tenido en sus casas despojos de enemigos, ó habían recibido una corona cívica. Cuando hubo nombrado de esta manera ciento setenta y siete senadores, con suma satisfacción general, dimitió en seguida la dictadura y bajó como simple particular de la tribuna, mandando á los lictores que se retirasen; en seguida se mezcló con la multitud de los que se ocupaban de sus asuntos particulares, procurando permanecer allí mucho tiempo para evitar que el deseo de acompañarle á su casa alejase al pueblo fuera del Foro. Pero el retraso no calmó el celo de los ciudadanos, y numeroso séquito le acompañó á su casa. Á la noche siguiente marchó el cónsul al ejército sin decir nada al Senado, para que no le obligasen á permanecer en Roma para los comicios.

Consultado el Senado al día siguiente por el pretor M. Pomponio, decidió que se escribiese al dictador para que viniese á nombrar los nuevos cónsules y, si lo consideraba conveniente á la república, que trajese con él el jefe de los caballeros y el pretor M. Marcelo, para saber por ellos mismos la situación de los negocios de la república y tomar las medidas que exigiesen las circunstancias. Todos obedecieron esta orden y dejaron á legados el mando del ejército. El dictador habló muy poco de sí mismo y en términos muy mesurados. Atribuyó al jefe de los caballeros T. Sempronio Graco mucha parte de los éxitos conseguidos; en seguida determinó el día de los comicios, en los que fueron nombrados L. Postumio por tercera vez, á pesar de su ausencia, porque tenía el mando de la Galia, y T. Sempronio Graco, á la

sazón jefe de los caballeros y edil curul. Creáronse en seguida pretores á M. Valerio Levino, Ap. Claudio Pulquer, Q. Fulvio Flaco y Q. Mucio Scévola. El dictador después de las elecciones volvió á Teano, donde inverniaba el ejército, dejando en Roma al jefe de los caballeros, quien, debiendo entrar en funciones pocos días después, necesitaba ponerse de acuerdo con el Senado acerca del alistamiento y destino de las tropas para el ejército. Cuando se ocupaban de estas cosas, recibióse noticia de otra derrota. La fortuna amontonaba desastres aquel año. L. Postumio, cónsul designado, había perecido en la Galia con todo su ejército. Existía una selva inmensa, que los galos llamaban Latina, por la que iba á hacer pasar su ejército. Los galos habían cortado los árboles á derecha é izquierda del camino, de tal manera que, dejándoles en pie, pudiesen caer al impulso más ligero. Postumio tenía dos legiones romanas; y por la parte del mar superior había alistado tantos aliados, que le seguía en el territorio enemigo un ejército de veinticinco mil hombres. Habíanse extendido los galos por el lindero del bosque, lo más lejos posible del camino; y en cuanto el ejército romano penetró en aquel estrecho paso, empujaron los árboles más lejanos cortados por el pie. Cayendo estos sobre los más cercanos, tan poco estables como los otros y fáciles de derribar, todo quedó aplastado por la confusa caída, armas, hombres y caballos, escapando apenas diez soldados. La mayor parte perecieron abrumados bajo los troncos y rotas ramas de los árboles; otros, asustados por aquel imprevisto golpe, fueron exterminados por los galos, que rodeaban armados toda la extensión del desfiladero. De aquel ejército tan considerable, solamente algunos soldados quedaron prisioneros al procurar ganar el puente, donde les detuvo el enemigo, que ya se había apoderado de él. Allí pereció Postumio, haciendo

heroicos esfuerzos para escapar. Los boyos llevaron en triunfo al templo más respetado de su nación los despojos y la cabeza de Postumio; después vaciando la cabeza, y rodeando el cráneo, según la costumbre de aquellos pueblos, con un círculo de oro cincelado, les sirvió de vaso sagrado para ofrecer libaciones en las fiestas solemnes. Esta fué también la copa del gran pontífice y de los sacerdotes del templo. El botín fué tan considerable para los galos como importante la victoria; por lo que habían sido aplastados casi todos los animales por la caída de los árboles; no habiendo huídas y por consiguiente dispersión de bagajes, encontraron todos los objetos en el suelo, á lo largo de la línea de cadáveres.

Por muchos días estuvo la ciudad profundamente consternada á la noticia de este desastre. Las tiendas permanecieron cerradas, y Roma estaba desierta como durante la noche. Por orden del Senado, los ediles recorrieron todos los barrios, haciendo abrir las tiendas y desaparecer todas las señales de desesperación general. T. Sempronio, en una asamblea que presidió, consoló á los senadores y les exhortó «á que no les desesperase, cuando no les abatió el desastre de Cannas, una desgracia mucho menos importante; que por lo que se refería á los cartagineses y Aníbal, con tal de que las cosas marchasen tan prósperas como esperaba que marcharían, no había peligro en abandonar por el momento la guerra de las Galias, y que más adelante los dioses y el pueblo romano sabrían vengarse de aquella perfidia. Lo que debía fijar especialmente su atención, de lo que con más cuidado debían ocuparse, era Aníbal y los ejércitos que habían de emplear en la guerra cartaginesa.» El mismo fué el primero que dijo cuanta infantería, cuanta caballería y aliados formaban el ejército del dictador. En seguida manifestó Marcelo el estado de las fuerzas que mandaba, y se tuvo conocimiento, por las personas

mejor informadas del número de tropas que se encontraban en la Apulia con el cónsul C. Terencio. Sin embargo, no se encontraba medio de dar á los cónsules ejércitos bastante fuertes para sostener aquella importante guerra. Decidióse, pues, no obstante la justa cólera que á todos animaba contra los galos, que no se ocuparían de ellos aquel año. Un decreto confirió al cónsul el mando del ejército del dictador. En cuanto al ejército de Marcelo, por otro decreto pasaron á Sicilia todos los soldados que huyeron de Cannas, obligados á servir allí mientras durase la guerra en Italia. Enviáronse también allá todos aquellos soldados del dictador que se encontraban demasiado debiles, pero sin imponerles la obligación de servir por más tiempo del que determinaban las leyes. Pusiéronse dos legiones urbanas á las órdenes del cónsul que ocuparía el puesto de L. Postumio y que deberían nombrar en cuanto fuesen favorables los auspicios. Llamárianse también, lo más pronto posible, dos legiones de Sicilia, de donde el cónsul que tuviese á sus órdenes las legiones urbanas estaba autorizado para tomar los soldados que necesitase. Prorrogóse el mando al cónsul C. Terencio por otro año más y conservó todas las tropas, con las que defendía la Apulia.

Mientras estas cosas ocurrían y se preparaban en Italia, no se detenía la guerra de España, donde hasta entonces habían sido más afortunados los romanos. Los dos Escipiones, P. y Cn., se habían dividido las tropas. Cneo mandaba el ejército de tierra y Publio la armada. Asdrúbal, el general cartaginés, confiando poco en sus soldados y su flota, se mantenía lejos del enemigo, á distancia y en posiciones en las que nada tenían que temer. Después de muchos y apremiantes ruegos, había conseguido al fin del Africa un refuerzo de cuatro mil infantes y quinientos caballos. Confiando entonces,

acercóse al enemigo, é hizo equipar y preparar una flota para proteger las islas y las costas. Pero en medio de aquella actividad completamente nueva que imprimía á las operaciones, quedó paralizado por la traición de los jefes de sus naves. Desde las severas reconvencciones que les mereció su cobardía cuando abandonaron la flota cerca del Ebro, no habían sido muy fieles al general y al partido de Cartago. Aquellos desertores habían intentado sublevar á los carpesianos y habían arrasado algunas ciudades á la sublevacion, siendo una de ellas tomada por asalto. Hubo, pues, que dejar á los romanos para llevar la guerra á aquel pueblo, en cuyo territorio entró Asdrúbal como enemigo y decidió atacar á Galbo, famoso jefe de los carpesianos, quien habia acampado con ejército considerable bajo los muros de la ciudad tomada por los sublevados pocos dias antes. Primeramente hizo avanzar soldados armados á la ligera para atraer al enemigo al combate, y una parte de la infantería recibió orden de talar en varios puntos la campiña y apoderarse de los enemigos que encontráse en ella. El terror se habia extendido en el campamento enemigo al mismo tiempo que la fuga y la matanza en la campiña. Pero muy pronto regresaron por diferentes caminos á su campamento los sublevados, y entonces se disipó tan completamente su miedo, que recobraron bastante valor, no solamente para defender sus parapetos, sino para atacar al enemigo. Lánzanse, pues, en tropel fuera del campamento, saltando según su costumbre, y su repentina audacia infunde terror al enemigo que antes se habia dedicado á perseguirles. Asdrúbal retira su ejército sobre una colina bastante escarpada, protegida por un río que pasaba al pie; llama sus tropas ligeras de caballería que estaban dispersas, y como si la elevación de la colina y el río no fuesen defensas bastante seguras, mandó fortificar su campamen-

to. En este terror, que se apoderó alternativamente de los dos partidos, hubo algunas escaramuzas, pero el jinete nómada no pudo hacer frente al español, ni el moro con sus venablos al cetrato, tan ligero como él, pero más valiente y vigoroso.

Viendo los sublevados que sus provocaciones delante de las empalizadas no podían atraer á los cartagineses al combate, y que, por otra parte, el ataque del campamento no era fácil, marcharon á Ascua, adonde al entrar Asdrúbal en territorio enemigo, hizo llevar sus granos y todos sus víveres; tomóla por asalto y se apoderaron de la campiña que la rodea. Desde aquel momento ya no hubo poder capaz de retenerles ni en marcha ni en el campamento. Asdrúbal se enteró de aquella negligencia, resultado natural del éxito; exhortó á sus soldados para el ataque á sus enemigos, dispersos y sin enseñas para reunirse; y bajando de la colina, marcha en batalla hacia su campamento. Los centinelas abandonan sus puestos y corren en desorden para anunciar la presencia del enemigo. Gritase ¡á las armas!; cada uno se lanza al combate según se encontraba armado, sin esperar órdenes ni enseñas y en completo desorden. Los primeros estaban ya peleando, cuando todavía acuden otros en pequeños grupos, y los demás no han salido del campamento. Al pronto su audacia bastó para asustar al enemigo: pero muy pronto en aquel ataque de algunos individuos contra masas, comprendiendo el peligro en que les ponía la inferioridad numérica, se miraron unos á otros; rechazados por todas partes, formanse en círculo; apóyanse unos en otros, entrelazan sus armas, y reducidos entonces á corto espacio, teniendo apenas libertad para mover las armas, quedan envueltos por el enemigo y exterminados durante gran parte del día. Un corto número se abre paso y gana los bosques y las montañas; pero el terror era tan grande,

que el campamento quedó abandonado y que á la mañana siguiente la nación entera se presentó á someterse. No duró mucho esta sumisión, habiendo recibido poco después orden Asdrúbal para llevar inmediatamente su ejército á Italia. Apenas se extendió en España la noticia, cuando se volvieron hacia los romanos casi todos los ánimos. Asdrúbal escribió en seguida á Cartago cuán funesto había sido el rumor de su marcha, y «que si realmente partía, apenas habría pasado el Ebro cuando España pertenecería á los romanos. Que además de no poder dejar en su puesto soldados ni general, tales eran los generales romanos que apenas se les podía resistir con fuerzas iguales; que, en vista de esto, si se daba alguna importancia á la posesión de España, le enviasen un sucesor con ejército considerable; porque aun en el caso de que todo le resultase bien al nuevo general, aquel mando no le mantendría ocioso.» Aunque esta carta produjo al pronto mucha impresión en el Senado, teniendo sin embargo la guerra de Italia mucha más importancia, quedó firme la decisión del Senado relativamente á Asdrúbal y sus tropas; enviándose á Hamílcon con ejército suficiente y una flota reforzada con muchas naves, para mantener y defender la España por tierra y por mar. En cuanto desembarcó el ejército y las tripulaciones, fortificó su campamento, sacó á tierra las naves, las rodeó de empalizadas, y él mismo, al frente de un grupo de jinetes escogidos, avanzó á marchas forzadas, pero con las precauciones necesarias, en medio de aquellas poblaciones sospechosas ó enemigas, llegando al fin al lado de Asdrúbal, á quien comunicó los decretos y órdenes del Senado, recibió á la vez sus instrucciones acerca de la dirección de la guerra de España y regresó á su campamento. La rapidez de su marcha había contribuido más que todo á su seguridad, porque de cada punto se ha-

bía retirado antes de que los enemigos hubiesen podido concentrarse contra él. Asdrúbal no se movió hasta después de cobrar fuerte contribución metálica en todos los pueblos sometidos á su mando, porque no ignoraba que Aníbal había comprado algunas veces á peso de oro un paso; que no había conseguido el socorro de los galos, sino pagándoles; que si hubiese intentado sin dinero recorrer aquella inmensa distancia, apenas habría llegado al pie de los Alpes. Asdrúbal recogió, pues, apresuradamente los impuestos y bajó hacia el Ebro. En cuanto el ejército romano tuvo conocimiento de los decretos de Cartago y de la marcha de Asdrúbal, los generales solamente pensaron en reunir sus tropas, preparándose para oponerse á la marcha intentada por Asdrúbal, persuadidos de que si conseguía reunirse con el ejército de España, con Aníbal, al que solo apenas podía resistir Italia, la ruina del imperio romano sería inevitable. Dominados por esta inquietud, reunieron sus tropas sobre el Ebro, y pasando el río, deliberaron si debían marchar á acampar al frente de Asdrúbal, ó contentarse con atacar á los aliados de Cartago, separando por este medio al enemigo del camino que se proponía emprender; pero decidieron al fin á poner sitio á Ibera, ciudad llamada así por el río inmediato y la más rica entonces de toda la comarca. Súpolo Asdrúbal, pero en vez de acudir á socorrer á sus aliados, puso sitio á otra ciudad que acababa de someterse á los romanos, quienes abandonaron en seguida el sitio de Ibera, llevando toda la guerra contra Asdrúbal.

Durante cinco días permanecieron los dos ejércitos en presencia uno de otro á cinco millas de distancia, trabándose algunas escaramuzas, pero no batalla campal. Al fin en el mismo día y como de concierto, por los dos lados se dió la señal de combate y los dos ejércitos bajaron al llano. El romano se formó en tres cuerpos: